

Byung-Chul Han

El corazón de Heidegger

El concepto de «estado de ánimo»
de Martin Heidegger

Traducción de
ALBERTO CIRIA

Herder

Título original: Heideggers Herz: Zum Begriff der Stimmung
bei Martin Heidegger

Traducción: Alberto Ciria

Diseño de la cubierta: Herder

© 1996, Wilhelm Fink, Paderborn

© 2021, Herder Editorial, S.L., Barcelona

1.^a edición, 3.^a impresión, 2022

ISBN: 978-84-254-4107-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Sagràfic

Depósito legal: B-9.683-2021

Impreso en España – Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

I.	INTRODUCCIÓN. CIRCUNCISIÓN DEL CORAZÓN ...	9
II.	LA MAGIA DEL AHÍ	33
III.	PIEL DE GALLINA COMO IMAGEN MENTAL	57
IV.	VOZ	77
V.	TALANTE DE LAS IMÁGENES	115
VI.	PIEL DE GALLINA COMO RASTRO DE LO DIVINO ...	129
VII.	LA ÓRBITA EXCÉNTRICA	155
VIII.	DOLOR	221
IX.	LOS LATIDOS POR EL TODO	311
	BIBLIOGRAFÍA	319

I. Introducción

Circuncisión del corazón

Quien de noche se arranca el corazón del pecho
[y lo lanza a lo alto:
ese no yerra el blanco.

PAUL CELAN

Circuncidad el prepucio de vuestro corazón y no sigáis siendo
tercos.

DEUTERONOMIO 10,16

El genio del corazón [...] que hace enmudecer a todo lo ruidoso y presuntuoso y le enseña a escuchar, que alisa las almas rugosas y les da a probar una nueva aspiración —reposar tranquilas como un espejo, de modo que la profundidad del cielo se refleje en ellas—; [...] el genio del corazón, a cuyo contacto todos se vuelven más ricos, [...] más ricos de sí mismos, más nuevos para sí mismos que antes, desatados, oreados y sondeados por un viento de deshielo, tal vez más inseguros, más delicados, frágiles y truncados, pero colmados de esperanzas que aún no tienen nombre, colmados de voluntad y nuevo flujo, colmados de nuevas aversiones y nuevos reflujos.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Se sabe que Kant era hipocondríaco. En el «Conflicto de las facultades» hace una extraña confesión: «Tengo una propensión natural a la hipocondría porque soy estrecho de pecho, y esa estrechez de pecho deja poco margen de espacio para el movimiento del corazón y los pulmones. En mis años juveniles, esa hipocondría lindaba con el hastío vital».¹ El corazón encerrado en el pecho estrecho forma parte de la anatomía bio-filosófica del sujeto. El pecho estrecho sería la caja de resonancia de una naturaleza hipocondríaca y narcisista que solo habla escuchándose a sí misma.

En la *Crítica del juicio* Kant habla de un agrandamiento del corazón que no deja de ser peligroso y que, a causa de su pecho estrecho, acarrearía fatales consecuencias. Comenta que los anhelos y las añoranzas expanden el corazón y lo marchitan, extenuando así sus fuerzas.² Si el anhelo fuera la necesidad de lo distinto, la necesidad de salirse del contorno de lo que siempre es igual, acarrearía la agonía del sujeto. De este modo, la superación del sujeto estaría sujeta a un tratamiento que sirviera para mejorar aquella anatomía bio-filosófica. Tal superación implica un tratamiento que sirva para mejorar el corazón, concretamente la *circuncisión del corazón*.

Tampoco para Heidegger el anhelo es indoloro. Pero el dolor de su anhelo se distingue del dolor del corazón kantiano. Para Heidegger, el anhelo es el «dolor de la proximidad de la lejanía».³ La cercanía, que mantiene atrapado en el hechizo

1 I. Kant, *Werke*, ed. de Wilhelm Weischedel, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1966, vol. 6, p. 379 [trad. cast.: *El conflicto de las facultades*, Madrid, Alianza, 2003].

2 *Id.*, *Crítica del juicio*, México, Porrúa, 1991, p. 256.

3 M. Heidegger, *Conferencias y artículos*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994, p. 97 [los textos citados de las ediciones castellanas han sido alterados en ocasiones para homogeneizar las traducciones. (*N. del T.*)].

de lo que siempre es igual (solo dentro de lo cual es posible la sensación narcisista de escucharse a sí mismo), es *superada* por la lejanía. Se trata del dolor de esa *sutura* en la que la cercanía y la lejanía están cosidas una con otra. Es la parte desprotegida que queda cuando el corazón ha sido circuncidado. La circuncisión del corazón consistiría en introducir en la cercanía de lo que siempre es igual una lejanía inalcanzable, en romper el corazón enamorado de la cercanía de lo igual para abrirlo a lo distinto. La «costurera» de Heidegger, que «trabaja con la cercanía»,⁴ es también una costurera del corazón. Con la circuncisión del prepucio el corazón se queda desnudo. Esta desnudez, que vuelve *vulnerable* al corazón, evoca al pensamiento su *finitud*.

La historia de la metafísica es la historia de una escucha falsa o deficiente. La circuncisión del corazón implanta en el *espíritu* un nuevo tímpano totalmente distinto, de modo que se subsana el pertinaz fallo auditivo del pensar metafísico. La circuncisión del corazón metafísico extrae del corazón el prepucio que lo vuelve sordo y ciego, o lo curte convirtiéndolo en un tímpano hetero-auditivo, un tímpano que escucha lo distinto. La fórmula acústica del pensamiento no metafísico no debe ser *hablar escuchándose a sí mismo*. Dotado del *oído del corazón circuncidado*, el pensamiento capta las vibraciones lejanas del ser o del acontecimiento, a causa de cuya lejanía fracasaría todo cálculo, toda *economía*.

En el primer Heidegger solo se produce una circuncisión parcial. La falta de entusiasmo con la que Heidegger emprende la circuncisión del corazón proviene de su amor al yo. Heidegger centra el mundo en el «corazón de la existencia»,⁵

4 *Id.*, *Serenidad*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2002, p. 85.

5 *Id.*, *Hitos*, Madrid, Alianza, 2001, p. 149.

que, en cuanto que «mismidad» de la existencia, constituye el centro y el origen de un espacio trascendental. El «corazón de la existencia» late abriéndose al horizonte trascendental, que, como se sabe, bloquea el camino hacia el *ser mismo*. En el Heidegger posterior el corte de la circuncisión es más hondo. Esta hondura deja una marca, aquel guion que se graba en la existencia haciendo que el ahí se separe del ser: *ser-ahí*. Pero ni siquiera así se ha realizado la plena circuncisión. Lo que realiza la plena circuncisión es el «giro» definitivo, que transforma el «corazón de la existencia» en el «corazón de los mortales». ⁶

La circuncisión libera el corazón de la interioridad subjetiva. La sensación narcisista de escucharse a sí mismo es perturbada por la irrupción de lo distinto. La circuncisión nos lleva a saber que lo presuntamente interior no es en realidad más que un exterior invaginado. De este modo, la interioridad sería el reverso de la exterioridad. Eso que Derrida llama «deconstrucción» es también una circuncisión del corazón que lo descentra y enajena. Derrida sitúa el corazón más allá de la interioridad subjetiva, de la concentración narcisista. Se opone tenazmente a la «reapropiación en la familia del sujeto». ⁷ La circuncisión derridiana del corazón lo expone al peligro de su despedazamiento. Desprenderse del corazón significa que es mejor dejarse despedazar que abandonarse a la dicha hogareña de la «familia del sujeto». «Este “demonio del corazón” nunca se reagrupa, se extravía un tanto (delirio o manía), se expone a la suerte, preferiría dejarse despedazar por eso que

6 *Id.*, *Aclaraciones a la poesía de Hölderlin*, Madrid, Alianza, 2005, p. 113.

7 J. Derrida, «¿Qué es poesía?». Este texto no tiene numeración. <https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/poesia.htm>

recae sobre él».⁸ Se trata de un corazón enamorado de una exterioridad y que se pierde en ella, de un corazón singular que debe ser más viejo y demoníaco que todos los corazones del archivo científico, filosófico y literario:

El corazón. No el corazón en medio de las frases que circulan sin riesgo por las distribuidoras de rutas y que se pueden traducir a otros idiomas. No simplemente el corazón de los archivos cardiográficos, el objeto de los saberes o las técnicas, de las filosofías y de los discursos bio-ético-jurídicos. Quizá tampoco el corazón de las Escrituras o de Pascal, y ni siquiera —*aunque esto no es tan seguro*— el que Heidegger prefiere antes que aquellos.⁹

El corazón circunciso de Derrida cuestiona la oposición metafísica entre dentro y fuera: «El corazón te late, nacimiento del ritmo, más allá de las oposiciones, del adentro y del afuera, de la representación consciente y del archivo abandonado». Es inaccesible para el saber: «Un agradecimiento, un reconocimiento agradecido [...] se anticipa al conocimiento y al saber y los previene: tu bendición antes del saber».¹⁰ Es el órgano del don, que «sorprende tu pasión y viene sobre ti como de fuera». Es como un «erizo» que parece una «cosa», con un *pathos* que retiene y se mantiene reservado, con «el más sobrio *pathos*», «modesto, discreto, cerca de la tierra».¹¹

Aunque Derrida distinga su corazón del heideggeriano, esta delimitación, como se suele decir, «no es muy segura». Así pues, también Derrida atribuye al corazón de Heidegger una procedencia no metafísica. Pero ¿en qué consistiría la

8 *Ibid.*

9 *Ibid.*

10 *Ibid.*

11 *Ibid.*

posible alteridad? ¿Sería la alteridad de lo *distinto*? Aunque el corazón de Derrida imita hasta cierto punto el de Heidegger, se basa en otro ritmo, en otra arquitectura. El afuera (*hors de chez soi*, «fuera de casa») al que se encomienda Derrida no está tan concentrado y armonizado como el conjunto de voces del silencioso coro del mundo. Más bien el corazón de Derrida está a la escucha de una maraña de voces. Es el lugar de la «diseminación» (*dissémination*). Según una definición de Derrida, la diseminación significa *dolor de oídos*. La diseminación causa una fantasmagórica maraña de voces, un «zumbido de oídos». Esto haría imposible la «concentración» del corazón. El corazón de Heidegger, por el contrario, escucha atentamente una única voz, sigue la tonalidad y la gravedad de lo «único uno y unificador». Heidegger describe el oído de su corazón con estas palabras:

Esta audición no solo tiene que ver con el oído, sino al mismo tiempo con la pertenencia del hombre a aquello con lo cual está sintonizado su ser. El hombre sigue sintonizado con aquello desde donde se define su ser. En su definición y sintonización, una voz le llega al hombre y lo llama, una voz que suena con tanta mayor pureza cuanto más silenciosamente se entreoye en lo sonoro.¹²

Derrida, por el contrario, desconfía de toda concentración y reunión (*logos*). Es evidente que a su corazón le gusta la *dispersión*. El ser heideggeriano le seguiría resultando logocéntrico.

No obstante, la *concentración* del corazón heideggeriano no está organizada dialécticamente. El ritmo al que late el

¹² M. Heidegger, *La proposición del fundamento*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2003, p. 81.

corazón de Heidegger no es el «ritmo de los conceptos», en el que se basa el corro dialéctico que danza en torno a la identidad. A Derrida le hubiera gustado encomendar su corazón a una *desafinación* o una dispersión totales, pero lo único que ellas causarían sería un paro cardíaco. Los «golpes de fuera» (*coups du dehors*), a cuyo ritmo Derrida deja latir su corazón, seguramente siempre habrán sometido ya todo corazón a un ritmo. La *vida en la muerte* comienza con el «nacimiento del ritmo»: «El corazón te late, nacimiento del ritmo, más allá de las oposiciones, del adentro y del afuera, de la representación consciente y del archivo abandonado». El «canto», que según Derrida escande su escritura, sería una tribulación musical externa que ritma o da tonalidad a su corazón. Lo que caracteriza la *mortalidad del corazón* es justamente que el corazón siempre tiene que latir a un ritmo, que sus latidos siempre se basan en una *tonalidad*.

La «alternancia de notas» sin una determinada (y *afinada*) tonalidad no acarrearía más que un juntamiento aleatorio de notas. La «polifonía», que Derrida opone a la *totalidad*, no excluye la *tonalidad*. El juntamiento aleatorio de notas equivaldría a la monotonía de la alteración cardíaca de un corazón afectado, que se podría distinguir muy bien del *corazón atonal*. Un cardiograma atonal no excluiría la *articulación de las notas*. De este modo, la tonalidad en un *sentido lato* designa la articulación de las notas en una *construcción sonora*, que se podría organizar tanto «tonal» como «atonalmente». *Estar conjuntado* pasa a ser en Heidegger sinónimo de *estar templado* o *estar sintonizado*. De la conjunción no es propia aquella violencia que la totalidad necesitaría para reprimir lo diferente o lo particular. La conjunción articulada y armonizada sería la vitalidad de lo mortal. Un cardiograma sin ninguna articulación, sin ninguna sintonía, sería el de un *corazón enfermo*. Lo

único que sería resistente a la tribulación musical venida de lo *distinto* o del *afuera* sería un *corazón infinito*, pero en cuanto tal ya no sería ningún *corazón*. Y esta resistencia siempre sería un engaño cardiográfico. La circuncisión del corazón, que le devuelve su finitud, lo expone a un ritmo *definido y sintonizado*. El nacimiento del corazón mortal es el nacimiento del ritmo. Este ritmo *congrega* las notas a su alrededor. Es una especie de *recopilación*. Pero el arte de vivir de Heidegger, su arte de la fuga, demostrará estar limitado ahí donde el mundo comience a poblarse de los corazones *de los otros*, ahí donde uno ya no se encuentre cerca de lo *estético*. El *conflicto de los corazones*, que Hegel pretendía dirimir dialécticamente, no se produce en Heidegger. La poética heideggeriana del corazón no sería idéntica a la política del corazón.

La dialéctica hegeliana del corazón se desarrolla con la tensión que impera entre lo particular o lo individual y lo universal. Después de que el sujeto fáustico del placer¹³ fracasara a causa de la «necesidad» y del «destino», el individuo busca «la necesidad de saberse como *sí mismo*». Se figura, *se siente* en posesión *inmediata* de lo «universal» o de la «ley». Se esfuerza por realizar la «ley del corazón». Pero, en el momento en que se realiza, la ley del corazón deja de ser la ley *del corazón*. El individuo ya no se reconoce a sí mismo en el orden universal que él ha establecido. La partida inmediata del corazón hacia lo universal, la generalización del corazón, hace que la autoconciencia «enloquezca». El choque frontal entre lo universal y lo particular escinde la conciencia. La impaciencia del corazón, la precipitación de la «*singularidad*

13 Hegel cita la escena del discípulo de la primera parte del *Fausto* de Goethe: «Desprecia el intelecto y la ciencia, / los dones supremos del hombre, / se ha entregado al diablo y tiene que *sucumbir*».

de la conciencia que pretende ser inmediatamente universal»,¹⁴ acarrea la esquizofrenia. La conciencia de la individualidad y la de la universalidad se niegan mutuamente:

Pero, en el resultado de la experiencia a que aquí se ha llegado, la conciencia, en su ley, se ha hecho consciente *de sí misma* como de esto real; y, al mismo tiempo, en calidad de esta misma esencialidad, esta misma realidad se le ha *enajenado*, se ha hecho consciente como autoconciencia, como realidad absoluta, de su no realidad, o ambos lados valen para ella, con arreglo a su contradicción y de un modo inmediato, como *su esencia*, que es, por tanto, demencial en lo más íntimo. Las palpitaciones del corazón por el bien de la humanidad se tornan, así, la furia de la infatuación demencial.¹⁵

La conciencia proyecta su demencia hacia fuera. Postula el enloquecimiento del orden universal. El corazón realizado es represivo. Se realiza reprimiendo a otros corazones. A causa de la contradicción entre el contenido particular y la forma universal, el corazón del individuo trasplantado a la realidad desencadena una resistencia general. La situación que resulta de ahí es el *conflicto de los corazones*, «una resistencia universal y una lucha de todos contra todos».¹⁶

Hegel tendrá que circuncidar el corazón para que no se produzca la discordia de los corazones. Con la circuncisión dialéctica del corazón Hegel querrá liberar el corazón de su enloquecida infatuación. La circuncisión del corazón es la circuncisión de lo particular a cargo del «espíritu». *Supera* lo

¹⁴ G.W.F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, Madrid, Abada, 2018, p. 457.

¹⁵ *Ibid.*, p. 455.

¹⁶ *Ibid.*, p. 459.

particular a favor de lo universal. Capacita al corazón para «conocer la *ley del corazón* como la ley de todos los corazones, la conciencia del *sí mismo* como el orden universal reconocido». En el momento de la circuncisión despierta el conocimiento:

El todo es un equilibrio quieto de todas las partes, y cada parte un espíritu en su propio medio que no busca su satisfacción más allá de sí, sino que la posee en sí mismo, porque él mismo está en este equilibrio con el todo. Es cierto que este equilibrio solo puede ser un equilibrio vivo por el hecho de que nace en él la desigualdad, que la justicia se encarga de reducir de nuevo a igualdad.¹⁷

Tampoco Heidegger podrá reprimir el deseo de un desposorio feliz de lo particular con lo universal, de la parte con el todo. Más allá del «giro», la preocupación por el todo seguirá siendo *la* preocupación por excelencia de Heidegger. El corazón se presenta como órgano de la totalidad. Late abriéndose a la «más clemente de todas las leyes»,¹⁸ que no debería ser solo la ley del corazón propio, sino la ley de todos los corazones. Heidegger contrapone aquí a la ley hegeliana de lo universal, que en último término estrangula lo particular en nombre del espíritu, una ley distinta, la ley *doméstica* (*oikos*), la ley del hogar patrio más allá de la economía dialéctica. Pero esa ley debe su clemencia a una retirada. La más clemente de todas las leyes no debe pisar el escenario de los discursos. La «lucha sin guerra»,¹⁹ que obedece a la ley clemente, no

¹⁷ *Ibid.*, p. 545.

¹⁸ M. Heidegger, *De camino al habla*, Barcelona, Ediciones del Serbal-Guitard, 1987, p. 234.

¹⁹ *Id.*, *Aus der Erfahrung des Denkens*, Frankfurt del Meno, Vittorio Klostermann, 2002, p. 32 (cit. en adelante como GA 13).